

Rubén Darío

Salomón de la Selva

DARIO

Su pensamiento vivo

Pablo Antonio Cuadra

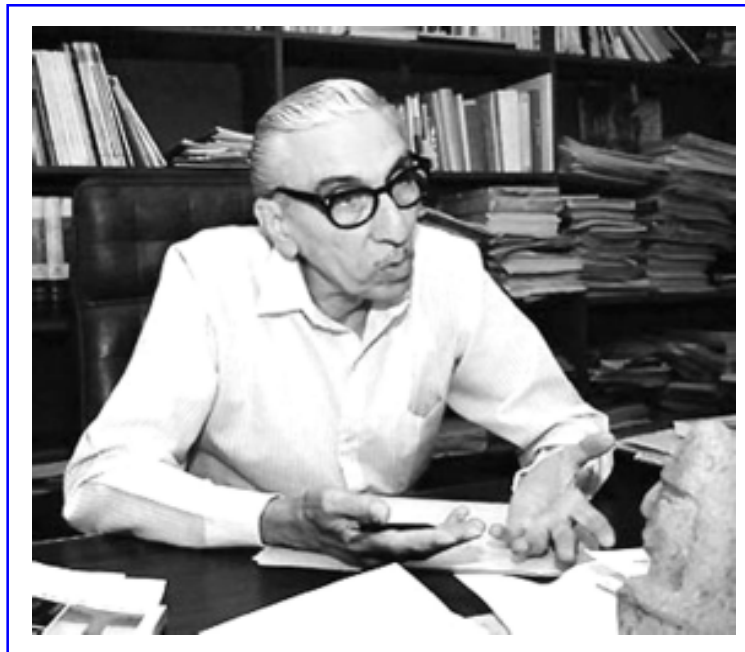
No puedo hacer aquí, por falta de espacio, el estudio integral que yo quisiera. Quedaré satisfecho si aquí pongo las bases y si esas bases son declaradas buenas para sostener cualquier libro futuro. Así, no por humildad, sino por verdad, he querido titular mi ensayo: "Introducción al Pensamiento Vivo de Rubén Darío".

Indudablemente este título puede alarmar, y con razón a mis lectores. Más todavía si entre ellos hay poetas. "Pensamiento de un poeta?", dirán. Es que se va a cometer con Rubén el sacrilegio de tenderlo sobre la mesa de operaciones para una disección dialéctica, lógica e ideológica? Cualquiera supone que un impenitente profesor va a ejercitarse en la poemofagia, y a devorar la belleza del poeta, para presentar en bagazo su pensamiento, para derivar de sus versos y prosas su sistema filosófico a sus tendencias ideológicas. ¡En el mejor de los casos exprimirá el jugo del fruto y dirá sin poesía lo mismo que el poeta dijo con poesía! . . . Y agregará Unamuno:

"Si la poesía no nos liberta de la lógica, maldito para lo que sirve".

Pero, borrad la impresión. La libertad, que en poesía es amor, tiene su tacto. Y al decir: pensamiento vivo destruyo toda sospecha de autopsia. Vamos al encuentro del hombre. Y ese hombre es el pensamiento vivo de América.

Para muchos que todavía permanecen al borde de Rubén Darío, el hombre no se encuentra en el poeta. Yo mismo cuando comencé en mi patria -con otros jóvenes poetas nicaragüenses- el movimiento lírico de revolución y reacción antimodernista, disparé irreverencias contra el amado enemigo (así le decíamos), porque no



encontraba al hombre, al nicaragüense, al hispanoamericano en su espesa colección de disfraces.

Buscábamos lógica. Queríamos que Rubén fuera americanista y él era América: fiel espejo, exacto compendio, vivo resumen de América! Exigíamos al poeta, no sólo que fuera nativo, sino nativista. Y cuando se nos escapaba a Francia cargábamos sobre sus hombros el pecado de fuga y deserción, sin recordar que la poesía se iba con el hombre, y que el hombre americano navegaba entonces en una viva y caudalosa corriente americana hacia París. Lo atacamos -parodiando a Heine- de ser un sensontle nicaragüense que hacía su nido en la barba de Víctor Hugo. Aún recuerdo la hermosa injusticia de Francisco Méndez, joven poeta de Guatemala en su "Trozo de Jade a Darío", voz y voto de nuestra inconforme juventud:

"No era del barro nuestro.

El maíz -oro vegetal- que difunde su sol/ en nuestra carne indígena, no fermentó su sangre;/ nunca subió a su corazón a gritar como toro/ la voz de la montaña/ Indio.... ¿Pero era Indio?/ Andaba entre nosotros

perdido y extrañado,/ como caído de la luna.

Por los ríos, por los desfileros/ lo buscaba un afán de otras edades;/ cazador de los bosques que aroman la leyenda,/ su certabana fue clarín melodioso/ que se perdió hecho pájaros a lo largo del mundo./ Nuestros campos lo saludaron como un Dios de otra stirpe/ con el sombrero de un rancho en la mano.

No era del barro nuestro./ No era su carne, carne de monolitos,/ ni tortilla caliente./ No lo moldearon los dedos cálidos y duros/ de esta América que camina en medio de los mares./ No se sabe hacia dónde,/ con el cuerpo tatuado de montañas y el cántaro del sol en la cabeza".

Por mucho tiempo perdimos al hombre. Había encarnado tanto la contradicción de América, había sido tan exacto en expresar nuestra heterogeneidad que lo creímos un farsante. Contábamos sus máscaras. Y aunque amábamos su palacio, volvíamos de él a nuestras aldeas, desilusionados de no haber podido reconocer, bajo la careta, al ilustre Emperador:

"Tú que dijiste tantas veces "Ecce Homo" frente al espejo/

y no sabías cuál de las dos era el verdadero, si acaso era alguno"...cantó José Coronel Urtecho, en la dolorosa ironía de su "Oda a Rubén".

Pero estábamos errados.

Rubén era modernista porque ese era el modo, o la moda, en su tiempo, de ser moderno. Pero luego nos encontramos con él en otros tiempos. Antiguo sin ancianidad en nuestros siglos clásicos. Sensible y sensitivo entre los románticos. Musical y fugaz a la sombra del decadentismo. Anunciador y profético -escritor de avanzada- entre nosotros; Eterno.

El tiempo, su tiempo, apenas pudo gravar sus señales en la prodigiosa ubicuidad de su genio. Tan pronto baja a los sótanos del pretérito para beber con Berceo un vaso de bon vino, como sube por las calles de París al café d'Harcourt a probar el amargo ajeno de Verlaine. Acompaña a Lope o a Góngora en la diáfana mañana de nuestras letras y escapa en la tarde musical a los jardines de Versalles, para llegar, en un crepúsculo de marselesas, al arco de sangre de la guillotina. Escala la torre de marfil del Renacimiento o monta un centauro para atravesar la Pampa. Se descalza paganamente en las marmóreas graderías griegas del Partenón, para ascender luego a las siete colinas de la verde Roma, con la seguridad de un heredero al trono del Imperio lírico latino.

Así también en el espacio, aún cuando los límites y fronteras de los pensamientos opongan a su paso la contradicción. Los que toman sus banderas chocan así donde América choca en su constante movimiento germinal de mestizaje y fusión. Un día don Ramiro de Maeztu, claro varón de España, acusará de pecado al cantor de la "Hispania Fecunda" por su "Salutación al Aguila". Otro día el poeta Juan Larrea, profesor de misteriosofía, descubrirá por el contrario que el pecado de impertinencia lo cometió Rubén en sus "Cantos de Vida y Esperanza" y que el mensaje verdadero del poeta en su "Salutación al Aguila".

Miles de bocas recitan sus poemas como quien toma fusiles contra el imperialismo yanqui. Otras multitudes los gritan como quien alza bandera de panamericanismo. Los casticistas hacen partido de su hispanidad.

Los afrancesados van con él a París. Los liberales usan sus versos como escarapelas. Los reaccionarios tras de ellos se atrincheran. Y en medio de contrarios aplausos, Rubén recorre -en alta y unitaria ruta- todos los caminos de la genealogía hispanoamericana, para expresar, como un clásico, la viva voz de su raza, el bullente mundo de su cultura, agónica entonces y todavía entre las dos tentaciones de nuestra alma mestiza: la aventura y el orden.

Equivocábamos a Rubén porque nos colocábamos demasiado cerca de su propia multiplicidad. Cuando nos alejamos, aunque desconcertados, adquirimos la perspectiva y descubrimos su unidad. Su unidad era América ¡Hispanoamérica!

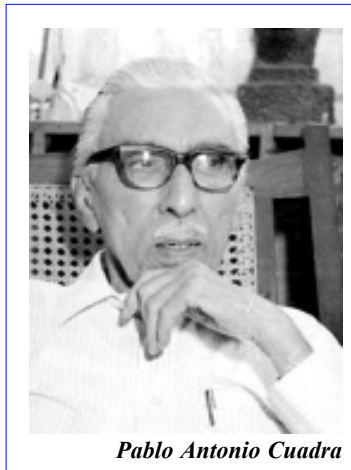
Los que se acercaron a la Divina Comedia, en la crisis temporal de su nacimiento, quizás miraron más su modernismo güelfo que el resplandeciente universo Medioeval que allí, vitalmente, se sintetizaba. Rubén, sin embargo, no compendia en su obra un tiempo ni un continente en síntesis. Del Dante a Rubén hay la diferencia que existe entre una Summa y una Antología. La coherencia formidable y sustancial del Alighieri -que responde a la unidad Cristocéntrica de los siglos medioevales que en él culminan- se convierte en Rubén Darío en un haz de antítesis, en una unidiversidad contradictoria y agónica; porque América, todavía alejada de su síntesis, avanza por un período constituyente, agitado y formidable, como que es la gravidez de un Nuevo Mundo.

"Lo que hizo grandes a Bolívar y a Rubén Darío -escribía J. Edwards Bello- fue haber podido ser, en un momento dado, el soldado y el poeta de todo un continente".

Una tarde, frente al Gran Lago de Nicaragua, leía a Francisco López de Gomara. Los ojos se me iban del libro tras otros pensamientos. Nuestra tertulia juvenil se había agitado alrededor de Rubén Darío y volvía, con inconforme insistencia a mi recuerdo, el diálogo sostenido. No sólo nos había parecido Rubén, por razones literarias, un extranjero, sino que para todos sus biógrafos y comentaristas, su nacimiento en este pequeño lugar de América era algo extraño y ajeno a su

DARIO

Su pensamiento vivo



Pablo Antonio Cuadra

obra; un hecho casual y desvinculado de la acción de su genio. Rubén aparecía como un nicaragüense de nombre que hasta dejar esta tierra y abrirse por sus viajes al cosmopolitismo, había captado el horizonte de su canto y dada a su acento el vasto sonido indo-hispánico que lo convirtió en el poeta de América, o, como él decía, de las Españas.

...Me dolía firmar con mi inteligencia ese decreto de expatriación! Y volví a Gomara. El cronista narraba el encuentro helénico del conquistador Gil González Dávila con el cacique Nicaragua y el "admirable diálogo" y "razonamiento" del indio, inquieto por los altos problemas del hombre, por los misterios de la Divinidad y por los rudimentos del mundo. Era como la inauguración del destino nicaragüense con un diálogo de inquietudes universales. Y Gomara comentaba:

"Nunca indio alguno habló como él, a nuestros españoles".

Fue en esa frase del Cronista y bajo la luz de aquel encendido crepúsculo lacustre donde yo descubrí por primera vez, para mí, la nicaraguanidad de Rubén Darío. Gomara me ofrecía en la admirable figura del Cacique, la anunciación de Rubén, ese otro indio que habló como ninguno a los hispanos. Era un contacto de misterio dentro de la profecía, pero bajo el símbolo comenzaron a entregarse las realidades. Ví desfilar la historia nicaragüense, en un rosario continuo de inquietudes universales, y ví entonces cómo nuestros hechos y acontecimientos eran todos, desde Nicaragua hasta nuestros días, desconcertantemente rubenianos. El poeta surgía ante mí como un producto típico nicaragüense, y pude tocar bajo la tierra, en que mis manos amorosamente nativas se hundían, su profunda raíz recibiendo el movimiento y la savia de nuestros siglos y de nuestras cosas.

El genio, como todo hombre, se nutre de su ambiente. Las grandes expresivos devoran su horizonte para alimentar su palabra. Dan, entonces conforme al alimento, el sabor de su mensaje. Un genio dentro de un barril tendrá toda la orgullosa soledad de Diógenes. Otro ge-

nio, llámese el Greco, en la prisión infinita del horizonte de Castilla, no buscará a un hombre con una linterna, sino que encenderá la carne del hombre como una antorcha para buscar a Dios. Vemos, por ejemplo, cómo las grandes épocas de plenitud o predominio nacional producen edades de oro literarias, y cómo la altura conseguida, la imperialidad del horizonte comunal nutren de potencia la voz de sus poetas. Así también la armonía del sueño y del suceso la venturosa sintaxis de lo ideal y lo real, de la memoria y el tiempo, en el giro de la historia- contagian la expresión literaria de ese equilibrio que después, los que ya lo perdieron, llaman clásico.

Pero estas vinculaciones e influencias, fáciles de ver y de hilar en las grandes épocas de apogeo -en que las corrientes de fervor popular son caudalosas, y sólida, como un mármol, la historia- suelen ocultarse en otros casos y llevar su movimiento por cauces subterráneos, por venas hondas y ríos de misterio. Así en ciertos genios solitarios, que monopolizan toda la voz de su época y de su pueblo y que aparecen como rodeados de una oscura soledad. Estas voces en el desierto son hijas, casi siempre, de ese fecundo silencio que las rodea; apretada sed de manifestación, viva ímpetu que se vierte todo en un sólo hombre pero que deviene de un profundo y multitudinario fervor contenido, no por silencioso menos vital, ardiente y compartido.

San Juan Bautista en el desierto, es la voz de todo un pueblo en trance mesiánico de esperanza. Su desierto es el silencio, pero "un silencio substancial en que están contenidas todas las palabras. El es la voz de Aquél que clama en el desierto. La voz de otro, la voz de Aquél que es la Palabra" y que habla por todos los silencios y por todos los pueblos. Como el Bautista, vate a vaticinador del Mesías, los grandes genios solitarios son también voces de una palabra en el desierto. De la palabra en silencio de un pueblo. Del verbo en secreto de una tierra. De la expresión en germen de una historia o de un destino. Grandes voces de grandes

silencios. De ese gran silencio de la naturaleza que se llama el sueño. De ese gran secreto del acontecer que se llama el tiempo. Y del sueño extraen la expresión de la angustia y de la esperanza. Y del tiempo la nostalgia y la profecía.

Rubén Darío, uno de esos genios solitarios, también surge -aparentemente- como una palma en un desierto. Aparece en Nicaragua, pequeña, insular, impotente, y en una época que no lo preveía. Visiblemente no está vinculado a ningún precursor. Es que Rubén no está ligado a su historia por un lazo de claridad a de materia como el del rey que nace en su linaje. A Rubén lo produce una dinastía misteriosa y telúrica. Es un Emperador que brota de la tierra en el punto donde un día apareció un volcán, otro día una idea geográfica ecuménica, otro, un raro pirata imperial, y otro, un apasionante bandolero libertador. Como la ruta de los delfines, el hilo de su dinastía y de su tradición sólo aparece a saltos mientras la verdadera importancia del trayecto se oculta en un grave silencio de mar.

Tomaremos ese hilo, aquí donde no hay laberintos sino sólo un substancial silencio. El hilo de su pensamiento, hilo -que es tanto como linaje o línea de sangre, o raíz en la tierra- de su canto.

Nicaragua surge a la historia como tierra umbilical, como centro de cruce y tránsito de rutas geográficas e influencias culturales.

"Los principales descubrimientos y exploraciones realizados en esta tierra y la fundación de sus más importantes ciudades fueron resultado de la búsqueda de una ruta para la navegación. Primero la búsqueda de un paso hacia las In-

dias Occidentales. Después -descubierto ya el Pacífico- la de un estrecho imaginario, llamado El Estrecho Dudoso. Y más tarde -hallado el Gran Lago de Nicaragua y disipado el mito del estrecho- la del desaguadero de aquel Lago en el Atlántico, ruta, esta última, que todavía se enrosca en el destino nicaragüense tentando a los Imperialismos con la serpiente del canal Interoceánico.

Colón, el descubridor de América es el descubridor de Nicaragua y su descubrimiento la hace, no en la casualidad, sino buscándolo, queriendo encontrar en ella un paso a los dominios del Gran Kan; deseando dar con la unión o eje de su concepción universal o global de lo descubierto.

Según muchos historiadores, el nombre de América surgió de este encuentro con Nicaragua. Y no sería extraño, porque Colón a no encontrar en esta tierra camino hacia el Asia, demostró sin saberlo -en Nicaragua- que existía un nuevo Continente. Y fue entonces cuando preguntó a los nativos nicaragüenses el nombre de esa tierra que le cerraba el paso, y ellos le dijeron que "AMERRIC" nombre que luego tomó para sí el cartógrafo tudesco Alberico Vesputio, bautizador de América. Sea o no cierta esta historia, de hecho Colón sintió nacer a América en Nicaragua. Aquí América le cerró el paso y dejó de ser una isla de Asia para interponerse, ante la proa del desgraciado Almirante, con una terminante afirmación continental.

¡La tierra de tránsito la única vez que no da paso, es cuando tiene que afirmar su nombre. Cuando tiene que afirmar su americanidad! Luego viene la conquista española y entonces, por el contrario se despeja y abre ante el mundo como centro de rutas y rosa de navegaciones. Nicaragua -según arriba lo decíamos- es para sus conquistadores un eje mediterráneo. Todos ellos traen órdenes expresas o voluntad precisa de conquistar en ella un centro radiante sobre América. Gil González, Hernández de Córdoba, Pedro Arias de Avila y el mismo Hernán Cortes, son espadas atraídas por ese Centro

de gravedad telúrica

Y así sucede que, apenas comenzaba en Nicaragua la propia conquista -llamémosla nacional- la sensibilidad del nuevo eje mediterráneo comienza a vibrar y a percibir las necesidades y conmociones continentales. Y más aún, a derramar hacia fuera, en derroche centrífugo, sus propias fuerzas: Ejércitos nicaragüenses, con armas, provisiones y barcos nicaragüenses, van a la conquista del Perú bajo el glorioso comando de Pizarro y capitaneados por aquellos dos vecinos de León y paisanos de Rubén: Hernando Ponce y Hernando de Soto. Poco tiempo después, serán también nicaragüenses los que irán a la conquista de Costa Rica con el noble Vásquez de Coronado.

Sería interesante hacer la historia detenida de estos desbordes hacia afuera, de esa tendencia hacia la continental -sobre la nacional- que no dejará de manifestarse en Nicaragua, desde que Cristóbal Colón enhebra el hilo de América en la aguja o eje nicaragüense. Yo no puedo hacerlo aquí, pero no quiero dejar de anotar como un ejemplo típico de nuestra posición histórico-geográfico, las ayudas prestadas por Nicaragua al Imperio Español, cuando más necesita -de auxilios estaba Nicaragua, es decir en sus primeros cincuenta años de conquista. Para debelar la sublevación de Manco Inca en el Perú, se usan ejércitos nicaragüenses. Para aplastar el alzamiento de Gonzalo Pizarro, llevan contingentes nicaragüenses. Para combatir la rebelión armada de Francisco Hernández de Girón -también en el Perú- llaman soldados nicaragüenses. Los datos pueden resumirnos la angustia imperial de este centro nervioso de América, y también explicarnos, en la medida de la comparación, la inquietud hispano-americana de nuestro Rubén. De ese Rubén que en la última agonía del Imperio Español -cuando la pérdida de Cuba en 98- va a España a darle sus cantos de vida y esperanza, como la última ayuda de Nicaragua a ese viejo cariño imperial, a esa antigua nostalgia de su geografía y de su historia.

DARIO

Su pensamiento vivo

Luego, si pasamos el hilo, en puntada de contradicción, tenemos -inmediatamente después- el famoso levantamiento nicaragüense de los hermanos Contreras, hecho trascendental, continental, poco profundizado por los historiadores y que fue el PRIMER paso o brote de Independencia en América, apenas en 1550. La historia es larga de contar e intensamente dramática, pero podemos resumirla en pocas palabras. El levantamiento de los Contreras fue la expresión, concentrada de la protesta de los conquistadores contra las medidas antiaristocráticas de la Monarquía española. Y su fracaso simbolizó el final trágico de la primera etapa de la historia de América. Con los Contreras se apaga el estilo y el sentido medioeval de la Conquista, el ideal de un Imperio entre feudal y patriarcal de los Conquistadores, y se abre paso el nuevo sentido moderno del Estado -burocrático y centralista- gracias a la victoria total de la Monarquía y a la imposición, por parte de ésta, de las teorías y tendencias lascasianas.

Cuando la Monarquía dictó las Nuevas Leyes de Indias y se dejaron sentir sus efectos contra los Conquistadores, el descontento y la reacción fue general en América. Nicaragua, puente de ejércitos, paso de soldados y antena del mundo nuevo, captó violentamente el malestar y la inconformidad de los dueños de América, fraguando entonces en su seno, en conexión con aquel latente descontento, un levantamiento para independizar a América del Rey y restaurar nada menos que el antiguo Imperio de los Incas, con rey hispanoamericano. Los hijos del Gobernador Rodrigo de Contreras, Hernando y Pedro, se levantaron en armas y asesinaron en León al Obispo Valdivieso, encarnación de rigorismo acusativo de los lascasianos.

"Al salir Hernando a la plaza, ya cometido su crimen - cuenta el cronista.- fue acogido con entusiastas aclamaciones que decían: ¡Viva el príncipe Hernando de Contreras! ¡Viva el Capitán de la Libertad! y constituyéndose entonces los sublevados en ejér-

cito, que nombraron de la Libertad, rindieron pleito homenaje a aquel hidalgo desesperado y sin freno, que tomó el título de príncipe de Cuzco (por ser esa ciudad el lugar sagrado de los Incas, capital del Imperio que pensaba restaurar) y juraron todos no cejar hasta verle Rey del Perú.

Los sublevados se apoderaron de Nicaragua y su flota. Tomaron el puerto de Nicoya. Luego, armados en corso, asaltaron Panamá, la tomaron y saquearon. Sus planes eran pasar de allí al Perú y con el Perú redondear la conquista de América, pues "de todas partes de Indias le acudiría tanta gente (al nuevo Rey incaico) que a donde quiera que llegase sería obedecido y no hallaría quién le resistiese". Pero los leales al Monarca español, rehechos y reforzados derrotaron al "Ejército de la Libertad" y los dos hermanos Contreras, uno por tierra y otro por mar, desaparecieron misteriosamente para siempre. El pueblo nicaragüense todavía teje fábulas y leyendas alrededor del extraño fin de aquellos dos hidalgos locos e imperiales que sintieron -en la ambición de su sangre- lo que más tarde sintió Rubén en la emoción de su lengua, cuando, haciéndole "todo el daño que le era posible al dogmatismo hispano", levantó su revolución personal de independencia poética, necesariamente imperial y conquistadora sobre América, para proclamar, soñando también en un lírico y sagrado trono indígena: "Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Uatatlán, en el Indio legendario y en el Inca sensual y fino y en el gran Moctezuma de la silla de Oro".

Estas coincidencias o vinculaciones son reveladoras. Pero más que en ellas, debemos fijar nuestra atención en esa insistente tendencia de los sucesos nicaragüenses a desbordar lo nacional y a producirse, cualquiera que sea su orientación e ideología, dentro de una categoría que podemos llamar, en lengua rubeniana: imperial.

Si dejamos las páginas escritas con sangre y voces españolas, y buscamos el significado de Nicaragua para otra lengua

y para otro sentido de la historia, el resultado es el mismo. La piratería inglesa, el filibusterismo negrero, el imperialismo yanqui, todas las contracorrientes que circularon y circulan alrededor del destino de América, han cerrado sus líneas de fuerza y dominio alrededor de este centro mediterráneo. Y por el mismo motivo, los grandes hechos nacionales nicaragüenses, como sus grandes figuras, han surgido en reacciones contra estos imperialismos y necesariamente han obrado también en un sentido supranacional, encarnando a América, a la hispanidad; entera y a veces al mundo.

La piratería inglesa -por ejemplo- que recorrió toda América, codiciando la vasta y rica herencia colonial hispánica, pero concretándose a la rapiña marítima y afectando, salvo excepciones, solamente a mercaderes y a navegantes, es en Centroamérica donde se concentra agudamente y es en Nicaragua donde echa anclas, con verdaderas intenciones de permanente dominio territorial. La piratería, apenas toca las playas mediterráneas de Nicaragua, es cogida por nuestra geografía, y parada en tierra su errante aventura corsaria para solidificarse en un fenómeno imperial-antimperial. Con bruscas palabras de pirata lo expresa el famoso Davis, quien asaltó y saqueó en 1565 la entonces "opulenta y marítima" ciudad de Granada.

"Estimo en lo que vale una botija de vino el tesoro que llevo, en comparación de haber reconocido esta plaza (de Granada), el Lago y sus isletas y la isla de Ometepet y he de hacer todo esfuerzo para fomentar con Jamaica o Portugal me den gente para ocupar estos puertos desde donde ha de dominar, con mucha facilidad, toda la mar del sur".

Las palabras de Davis las tradujo en hechos Inglaterra. Sus corsarios se apoderaron de la Costa Atlántica nicaragüense e hicieron innumerables esfuerzos por apoderarse del Gran Lago, su corazón marino. Grandes navegantes británicos, entre ellos Nelson -quien perdió su ojo por una bala nicaragüense- insistieron sin fortu-

na en esta empresa, a través de doscientos años. De una de esas batallas defensivas e imperiales surgió la heroína nacional Rafaela Herrera, niña de quince años que comandó, al morir su padre, la defensa del Río San Juan, venciendo al inglés y deteniendo por muchos años la victoria de Trafalgar. Rafaela Herrera no defendió solamente a Nicaragua.

"Si el inglés se ha posesionado de este punto crucial del Imperio, la derrota marítima de España -el eclipse de su poderío colonial- se hubiera adelantado por muchos años..."

Doblemos la larga página de la piratería, que tanta sangre, destrucción y lágrimas costó a los nicaragüenses. Saltemos un siglo y enfoquemos otro fenómeno histórico de América: los Negreros. Sólo en un lugar pudo haber el extraño sueño o neilliano de un imperio esclavista. Este lugar fue Nicaragua. El protagonista se llamó William Walker, extraño e inquietante personaje de leyenda, que ya ha tentado a novelistas y poetas.

Walker, filibustero sureño de Estados Unidos fue contratado por uno de los partidos políticos nicaragüenses para combatir al otro, como es frecuente en los anales democráticos hispanoamericanos. Llegó a Nicaragua como simple capitán; mercenario pero cogido, como lo fueron los conquistadores y los piratas, por el vértigo de este ombligo del mundo, abrió su ambición y su sueño, se apoderó del ejército partidista que le había llamado, venció a los contrarios y se hizo proclamar Presidente de la República. Pero su ambición no se limitó a esta estrecha conquista provinciana. Había contemplado que la causa esclavista se veía amenazada en su propia tierra, por las derrotas, cada vez más terminantes, que infligían los yanquis a las sureños. Y quiso fundar en Nicaragua, apoderándose de todo Centroamérica, el centro de un brutal imperialismo esclavista.

Fue entonces cuando Nicaragua, con el auxilio de todo Centroamérica amenazada, libró su única y agotadora guerra nacional. Y el otro héroe nicaragüense, José Dolores Es-

trada, campeador de una guerra que fue llamada por Eliseo Reclus "el Marathón de América" surgió, igual que Rafaela Herrera en lucha y victoria contra una idea imperial, derrotando a William Walker, el Emperador negrero.

De Walker podemos saltar otro siglo -en favor de la brevedad- y caer en otro hecho, reciente y de dimensiones continentales: el llamado "Imperialismo del Dólar".

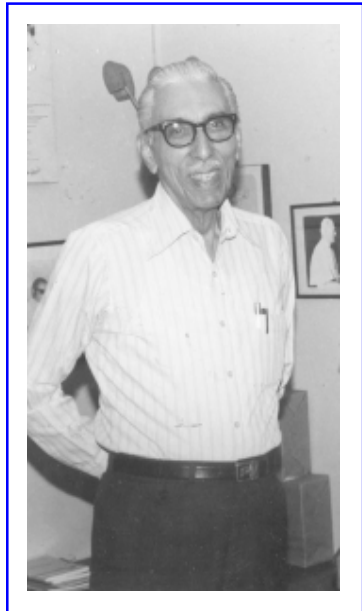
El Aguila bursátil, cuyo ambicioso vuelo comercial amenazó a todo el continente latino, es en el centro de América donde hundiéndose sus garras con más violencia.

Mientras en las otras naciones hermanas el imperialismo yanqui hace su guerra en dentelles, en puntillas, envolviendo su violencia en pudores diplomáticos, en Nicaragua interviene abiertamente a bayoneta calada y con cínica voluntad de dominio. Por eso América ve en el "caso de Nicaragua" la cristalización de su propio peligro. Y por eso Rubén cuya estrella cruza el cielo de América en la primera fase de esta sombría amenaza, deja escrita su protesta, sobre las alas de los immaculados cisnes, con estas palabras tan hondamente nicaragüenses:

"Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental".

Nicaragua no hace más que resumir y concentrar los universales que tejen y destejen el destino de América. Y así, en la segunda y más violenta fase de la intervención yanqui, aparece el otro héroe nicaragüense el selvático y mitológico César Augusto Sandino (¡otra vez el héroe surge al llamado de un hecho imperial!) Sandino, un campesino, un soldado sin letras, rodeado de románticos bandoleros, enciende su fogata de rebelde en un hosco rincón de las montañas nicaragüenses. No ha acabado de iluminar su fuego la espesa manigua poblada de guitarras y fusiles cuando ya todo América se enciende en aquellas llamas en un entusiasmo sólo comparable al que pudiera provocar una nueva aparición de Bolívar.

Su pensamiento vivo



Esta es la historia:

Colón, Hernán Cortés, Conrteras, los piratas Walker, Ráfela Herrera, Estrada, los yanquis, Rubén, Sandino han actuado bajo la influencia geo-cultural de este "Umbilicus mundi". Es un destino fatal, a veces grandioso, a veces cruel y obsesionante como una tragedia griega. Destino que no sólo moldea la arquitectura externa de la geografía de Nicaragua, sino que se hunde dentro de la misma tierra hasta hacerse sentir en sus oscuras capas germinales. En Nicaragua se encuentran y conviven las dos faunas y las dos floras, las de la zona norte y las de la zona sur, de tal modo que su materia telúrica sabe y está empapada de las intimidades vegetales y animales de todo el continente. Digamos lo mismo de esa fusión contradictoria, que se opera en Nicaragua, de los dos elementos antagónicos: el fuego y el agua. "País de los lagos y los volcanes" ha sido llamado por los geógrafos, y es en verdad una armonía áspera -como la califica Rubén- un extraño desposario del ardor potente con la serena placidez.

Esta es la dinastía de Rubén. Este es el hilo misterioso y sutil de su linaje, cuya punta se hace línea de navegación en manos de Colón y cuyo cabo es voz y canto -al hilo de la historia- en la boca de Darío. Igual que en nuestras cordilleras, el fuego sagrado del destino nicaragüense, va pasando de cerro en cerro, de promontorio histórico, en promontorio histórico, hasta encontrar un volcán potente y altivo -un vate y profeta que lo vomite en una gran erupción continental. Así comprende-

mos, por la anunciación de la historia, que la tierra se hizo verbo en Rubén Darío.

Su palabra no la recibe del pueblo. El nace de la tierra para dar al pueblo su palabra. Viene del silencio substancial de los siglos y de las cosas nicaragüenses a decir un mensaje ecuménico. Es centrífugo. No contrípeto.

Nosotros pretendíamos que Rubén viniera líricamente a Nicaragua, cuando precisamente en ese irse, en ese desbordar su nacionalismo, manifestaba su nicaragüidad. Es mucho más nicaragüense Rubén en "Divagación" o en "Salutación del Optimista", que en "Intermezzo Tropical".

Así pues el genio solitario e imperial de Rubén Darío no es hijo de una edad de oro. Pero es el fruto de una posición mediterránea. No recibe el ambiente nutritivo de una era de plenitud que se eleva y predomina comunalmente hasta alcanzar un panorama universal. Pero nace en una tierra umbilical, sacudida por todas las corrientes vertiginosas de la historia y cuya posición central y pontifical le permite una permanente y agónica visión ecuménica. Rubén no será un clásico por influencia del equilibrio y sintaxis de su historia sino porque ha nacido a horcajadas sobre el fiel de una inmensa balanza donde hacen equilibrio los dos mares universales y las dos mitades de América.

*"...América prepotente
su alto destino se siente
en la continental balanza
que tiene por fiel el istmo..."
dice el propio poeta en su
"Canto a la Argentina"*

Ese es su horizonte. Ese es el alimento de su pupila. Ese el aire que adquiere su respiración con los cuatro perfumes de la rosa de los vientos. Ese el sustento de su tacto en el pulso de los mares y en el tránsito de la sangre de las generaciones.

*"La tierra está preñada de
dolor tan profundo
que el soñador, imperial
meditabundo
sufre con las angustias del
corazón del mundo"*

Ha de cantar más tarde escuchando, con el resonante caracol de Nicaragua en el oído, el ruido extrañable del corazón del universo.

Tu no sabes, Rubén, este rasgo de tu vida

Anselmo Fletes Bolaños

Allá por 1872 se reunían diariamente en una de las Cuatro Esquinas de la Metrópoli, en casa de doña Bernarda Sarmiento Darío, viuda del Coronel Félix Ramírez Madregil, llamado popularmente el Bocón Madregil, los señores don Cleto Mayorga, don Vicente Guzmán, don Aparicio Valladares, don José Rosa Rizo, director del Colegio de San Fernando, vivo aún y otros, liberales los más, aunque esta clase de gente no abundaba entonces como abunda ahora, o por lo menos los que eran no lo proclamaban al modo del día, con bombo, platillos y sonajas.

Innecesario es decir que la política y el Gobierno eran los principales asuntos que se trataban en la cotidiana reunión de la casa de doña Bernarda, quien tomaba parte en ellos como buena liberala y digna viuda de un célebre militar, compañero de Jerez, e innecesario también advertir que allí se hablaban pestes contra la administración de don Vicente Cuadra. El cargo más formal (son palabras del doctor José Rosa Rizo) que se lanzaba contra don Vicente, era su rigurosa economía como sistema de gobierno. Pero y Rubén Darío? -me preguntarán. Pues Rubén Darío está ahora en nuestros brazos, y yo voy a referir uno de los rasgos de su preciosa vida, rasgo que raras personas conocerán. Tú también, sublime poeta, ignoras esto que te pertenece.

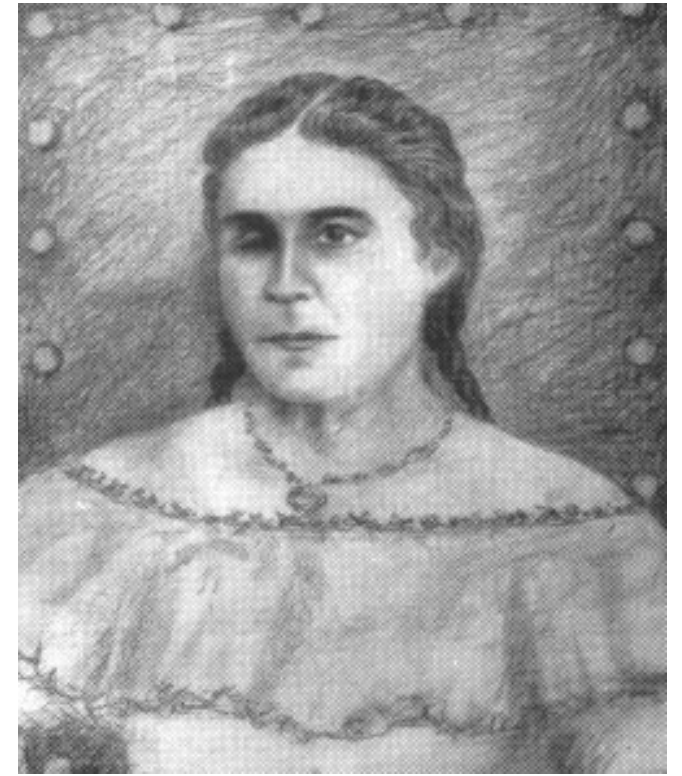
A Rubén, de cinco años de edad entonces, allá por 1872, lo criaba su tía abuela doña Bernarda Sarmiento Darío, la viuda del Bocón Madregil. Una vez le dijo ésta a don José Rosa Rizo:

-Que hago con Rubén, don Rosa! me lo está echando a perder Felipe.

La señora aludía al hoy honorable magistrado, doctor Felipe Ibarra, que le daba lecciones de primeras letras a Rubén.

-Y con que está Felipe echándole a perder al muchacho? preguntó don Rosa.

- Pues enseñándole a hacer versos- contestó doña Bernar-



Doña Bernarda Sarmiento Darío

da- va a arruinármele. Qué me aconseja Ud.?

- Pero Rubén no hará más que copiar los versos de Felipe, doña Bernarda, y no veo en esto ninguna ruina.

Qué sabe Ud. don Rosa! Si Rubén los hace sacados de su cabeza.

- Rubén, señora?...

- Y quién otro, pues?

- Es que Felipe...

- Rubén, don Rosa, yo lo he visto escribirlos. Vean para que he querido que mi muchacho aprenda con Felipe alguna cosa! Me lo arruinó, don Rosa, enseñándole a hacer versos!

Rubén dormía en el suelo de la sala, cuando este diálogo, a los pies de doña Bernarda, que estaba sentada, con su portentosa cabeza sobre el ruedo de su tía abuela. Esto era común en Rubén.

-Doña Bernarda- dijo el doctor Rizo, picada de su curiosidad -tiene Ud. algunos versos escritos por Rubén?

-Sí, don Rosa- contestó la viuda- los que escribí ayer.

Y doña Bernarda se levantó de su asiento con cuidado para no despertar a Rubén. Se dirigió a la gaveta de una mesa y saco un papel.

Aquí están los versos, don Rosa -dijo entregando el papel al director del Colegio de San

Fernando.

Este, admirado, abriendo tamaños ojos al leer:

-Doña Bernarda! Así no hace versos Felipe!

-Pero si le digo que Rubén los saca de su cabeza. Que no se fija en la letra, don Rosa? Felipe es quien tiene la culpa. Se arruinó el muchacho!

El pedagogo cada vez más sorprendido:

-Que van a ser de Felipe estos versos! La letra es toda arañosa, e ilusión con h y con c, estreyas, y coracón. Pero que ideas de muchacho!

-Qué dice don Rosa? qué me aconseja? Sigo mandándole el muchacho a Felipe?

-Pues le aconsejo a Ud. que no se alarme: que Rubén siga con sus versos porque presiento que será un gran poeta: y que Felipe no le está enseñando a hacerlos, porque esto no se enseña, señora.

Algunos años más tarde, cuando a Rubén se le llamaba el poeta-niño, don José Leonard les decía a sus alumnos de literatura en el Colegio de Granada, que Rubén iba a ser el mejor poeta de Nicaragua. Te quedaste corto querido maestro.

Tu no sabes ese rasgo de tu vida, Rubén. Yo te saludo con-
tándotelo.